

CUESTION DE POBRES Y RICOS.

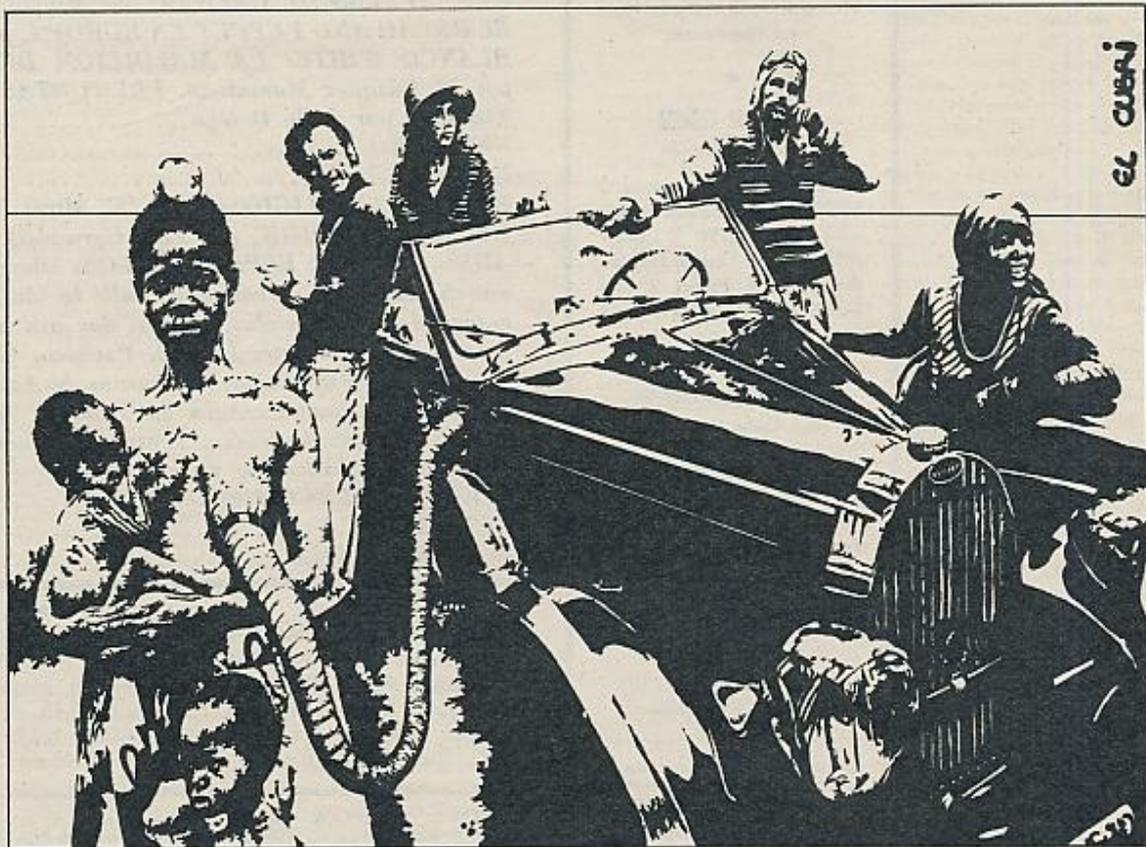
SE habla de que los tiempos políticos y económicos inaugurados a raíz de las alzas de precio del petróleo (la escasez, el bloqueo o la administración del petróleo como «arma» árabe parece haber terminado en la realidad, y los países que lo mantienen racionado parecen más bien defenderse de una salida de divisas demasiado fuerte que de una verdadera falta de fluido) suponen la quiebra de la «sociedad del despilfarro» o de la «sociedad de la opulencia». Lo cual requiere que se admita previamente su existencia. Hay bastante datos como para dudar. La «sociedad del despilfarro» era y es un mito parecido al de la «civilización del ocio», tenida como real y existente en un mundo donde cada vez se requería —y se requiere— mayor cantidad de trabajo del hombre para participar en el consumo. Vivíamos y vivimos en una sociedad —a escala global— de pobres y ricos. Como siempre. El rico ha vivido siempre en una opulencia hecha de despilfarro, porque sin duda éste forma parte de los ingredientes psicológicos del dominio y el poder, y el pobre ha vivido siempre en la escasez. Cualquier lector de historia social lo sabe.

EN los últimos años se había llegado a adquirir la noción de que entre riqueza y pobreza tomadas a grandes rasgos había unas separaciones geográficas. Corresponderían poco más o menos a las definiciones de desarrollo y subdesarrollo, con algunos intermedios. La cuarta parte de la población del mundo que vive en los países desarrollados sería rica, las tres cuartas partes restantes sería pobre. Dentro del propio Occidente —aceptando este nombre para designar las naciones ricas, e incluyendo en él a los países de régimen comunista— se habría podido aceptar esta idea como la sensación de una vaga injusticia; sensación no exenta de satisfacción oculta por estar en el lado bueno y de una noción inconsciente, no confesada y hasta negada, de que en el fondo las generaciones históricas y raciales, los condicionamientos físicos geográficos, habían llegado a hacer que las cosas fueran así. Una especie de determinismo. El hombre occidental aceptaba con mucha resignación esta acumulación histórica, en vista de que le favorecía. Suavemente se había ido dejando llevar de nuevo a la comodidad de la caridad de donante, incluso por organismos internacionales como el de la FAO, más que por una gobernación de los bienes de este mundo con un sentido de realidad y justicia.

EL demonio escondido en esta noción general es mucho más sutil de lo que parece. Gracias a ella, el hombre occidental había comenzado a olvidar que la división entre riqueza y pobreza existe en su propia sociedad, y que las clases sociales no se han anulado. Es curioso que el nuevo pobre haya aceptado con tanta facilidad la idea de que es rico y que no haya advertido seriamente la cantidad de rudo trabajo suplementario que debe realizar cada día para adquirir unos cuantos objetos mezquinos que le dan la sensación de ser

un despilfarrador. Semejante alienación tiene escasos ejemplos en la historia precedente. Es más bien una mesmerización, una hipnosis colectiva. Ciertamente que la miseria actual es bastante lejana a la de hace unos años. El Londres de hoy tiene ya poco que ver con el que describía Dickens, y París, casi nada de parecido con el de «L'Assommoir», de Zola. Salvo si se acerca uno a las barracas de los trabajadores norteafricanos. Pero la realidad es que no mucha gente se acerca, y, al final de todo, los trabajadores norteafricanos pertenecen al núcleo designado por la geografía y por la historia para llevar el peso de la desgracia general humana.

DE vez en cuando estallan conflictos. Gran Bretaña vive desde hace meses una sucesión de conflictos colectivos. De huelgas graves e importantes. Se condenan, se achacan a vicios o defectos, cuando no a agitadores políticos o —globalmente— a enemigos de Occidente, y se soportan como se pueden. En último caso, se achacan a la debilidad de un gobierno, o a su incapacidad para administrar el bien nacional, o incluso a la lenidad de las fuerzas de la autoridad. Pocas veces se llega a la comprensión de su fondo, que es el de que hay grandes masas que, lejos de despilfarrar, viven en la escasez. No siempre se entiende que un obrero que llega a la difícil y dolorosa decisión de declararse en huelga lo hace movido por una última necesidad, que es el peor agitador del mundo. El obrero que va a una huelga se queda sin jornal, a cambio de un minúsculo subsidio de su sindicato —en los países donde hay tales sindicatos y la huelga es legal—; se expone al despedido, al «lock out», a una lista negra, a verse envuelto en una acción violenta, a quedar inscrito en listas negras... Es decir, está muy lejos de ir a la huelga con alegría y satisfacción. Dejando aparte, naturalmente, otro examen de las huelgas: el que se referiría a su eficacia, el del daño que pueden traer a las colectividades y el de la impopularidad que tienen que desafiar quienes las lanzan, en vista de que perturban la vida común. Lo único que se pretende aquí es



LA NUEVA TACTICA DEL SOCIALISMO BELGA

extraer la consecuencia de que la huelga es una acción dolorosa, y, por lo tanto, refleja la existencia de grandes capas sociales que van a ella movidas por una situación insostenible. Esto es: que en la sociedad considerada rica hay también pobres y ricos. Y que los pobres no participan de ninguna manera de la sociedad de la opulencia o del despilfarro: y que si forman parte de la sociedad de consumo lo pagan muy caro.

POR eso no está claro de qué se habla cuando se dice que está en quiebra la sociedad del despilfarro, que en la realidad no existe como tal conglomerado. Podría entenderse que los que despilfarran van a dejar de hacerlo, y que, por consiguiente, va a haber un mayor equilibrio y un más justo reparto entre el mundo de los ricos y el de los pobres.

NO parece nada claro que vaya a ser así. Más bien parece que por el contrario, el peso de la situación va a recaer sobre los pobres y no sobre los ricos. Tanto en el interior de las sociedades occidentales como entre las naciones. Los primeros datos de esta segunda ola de la inflación en Europa (la inflación se venía produciendo años atrás) parecen mostrar que se produce mucho más en el sentido de los precios disparados que en el de los salarios más contenidos; el gran capital tiene todavía muchas válvulas para aligerar su propia tensión, la burguesía media está en mejores condiciones de defenderse y, sin embargo, las clases trabajadoras se resienten enormemente de la carestía y comienza a extenderse el fantasma del paro. No hay precedentes en la historia de que las alzas de precios hayan podido contenerse nunca. La defensa que las clases en el poder comienzan a segregar es la clásica: regímenes fuertes. En Gran Bretaña se discute públicamente la necesidad de buscar salidas al régimen parlamentario mediante nuevas doctrinas que refuercen el poder de los gobiernos, y en Francia la República de Pompidou reposa cada vez más sobre bases totalitarias que imaginó De Gaulle, pero que nunca ejerció con tanta asiduidad como Pompidou. Son síntomas.

EN cuanto a la idea tan extendida de que la carestía de las materias primas pueda beneficiar a los países del tercer mundo que las poseen, parece también una cortina de humo que enmascara la situación. En Estados Unidos se está siguiendo muy de cerca la acusación contra las compañías petrolíferas como principales beneficiarias de la crisis, y quizá como causantes de la crisis. En cuanto a las fuentes, a los países árabes, se sabe de siempre que el jeque con una flota de Cadillac y unos harenes palaciegos representa las mayores riquezas del mundo en zonas donde existe la mayor pobreza colectiva: el dinero del petróleo que ahora les va a beneficiar no parece que vaya a incitarles a realizar un mejor reparto.

POR el contrario parece que la carestía va a repercutir sobre los países pobres más aún que sobre los ricos. La devolución de productos terminados —y de técnicas— que se les da por sus materias primas ascenderá de valor, y en el trueque saldrán, probablemente, perjudicados. Al mismo tiempo que brota de nuevo una conciencia colonial y un rechazo a la ayuda, incluso caritativa. Es significativo el voto de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos con respecto a una petición presidencial de fondos para ayuda —a través de la Asociación de Desarrollo Internacional del Banco Mundial— para aliviar las hambrunas del África subsahariana, de la India, de Bangla Desh: ha sido rechazada por 248 votos contra 155. Y es más curioso el análisis de los votos negativos: la oposición demócrata ha votado en un sentido más favorable a la petición presidencial (108 a favor, 118 en contra) que los republicanos, que el partido del presidente: 47 a favor, 130 en contra. Si admitimos que los republicanos representan una mayor derecha, sin duda un mayor conservadurismo, que los demócratas, vemos el espectro de la situación tal como se produce no sólo en los Estados Unidos, sino en otros países occidentales: son las clases más pudientes, las más conservadoras (a las que, en fin, corresponde la mejor definición de la sociedad de despilfarro), las que se niegan a favorecer a los más pobres en virtud del razonamiento de la nueva escasez, de la nueva «pobreza» de todos. Es una constante. «¿Cómo podemos esperar una cooperación en el aspecto del petróleo si nosotros no cooperamos con ellos para aliviar su hambre?», ha dicho Kissinger. No ha obtenido más respuesta que esa votación.

LA noción de culpabilidad de los países del tercer mundo por la situación de escasez se extiende. Al mismo tiempo, se extienden la animadversión contra ellos y un cierto deseo de castigo por parte de las clases burguesas de Europa. Si la crisis prospera —valga la contradicción entre estos dos términos—, pronto serán acusados, además de los países del tercer mundo, los obreros que protestarán por la reducción de sus condiciones de vida. Y se tratará de olvidar a otros culpables: los manipuladores de las materias primas, los imperialistas, los beneficiados por el proceso.

El gobierno belga ha sido el primero de los europeos que ha caído por la nueva situación del petróleo. El francés ha resistido bien —relativamente bien— la votación en el Parlamento sobre una moción de censura presentada por la oposición de izquierdas. Se sabía de antemano. La coalición gubernamental de derechas mantiene una mayoría sólida y una buena disciplina de voto. Lo que pretendía la oposición no era el imposible de derribar al gobierno mediante una censura parlamentaria por su decisión de dejar al franco flotante, sino agrupar y reunir las fuerzas contrarias. Lo ha conseguido: los centristas, los moderados —los grupos de Ser van-Schreiber y Jean Lecanuet— se han sumado a la izquierda y han hecho que la votación fuese la más negativa que haya tenido nunca el gobierno: 208 votos (para derribar al gobierno hubieran hecho falta 246). Parte de estos votos negativos se deben a un arrastre de desprestigio del gobierno que es anterior a las medidas económicas. Los rumores de que Pompidou iba a prescindir del primer ministro, Messmer, y de algún otro ministro —Marcellin, del Interior, envuelto en el asunto del espionaje telefónico— se mantienen desde hace tiempo, y es posible que el resultado de esta votación aconseje al presidente de la República hacer sus retoques de gobierno. Se habla del ministro de Asuntos Exteriores, Jobert, como posible primer ministro: se ha puesto de moda para negociar con los países productores de petróleo. Los más audaces han llegado a pronosticar la posibilidad de que el presidente de la República buscara un gobierno de coalición en el que figuraran los centristas y cuya presidencia le fuese ofrecida al propio jefe de la oposición, Mitterrand. No está en la naturaleza de las cosas —como decía De Gaulle— ni parece que en la psicología de Pompidou.

En Bélgica, en cambio, la situación ha sido irresistible para el gobierno. Uno de sus pilares económicos estaba en la construcción de una refinería de seis millones de toneladas, en las proximidades de Lieja, que habría de ser construida en colaboración con el Irán y contando con su petróleo: Irán se ha retirado repentinamente del proyecto (ha

sido atraído por otros países que quieren tener así una seguridad de suministro, y que pueden hacer ofertas más tentadoras) y Edmond Leburton, que presidía el gobierno desde hacía un año, ha tenido que dimitir. El Rey ha encargado en primera instancia a otro dirigente del partido socialcristiano, la formación del nuevo gobierno: Leo Tindemans, del ala flamenca. Es probable que la crisis sea larga. Se mezclan otros muchos componentes y la ya antigua inestabilidad belga como consecuencia de las varias nacionalidades e idiomas que forman el pequeño país. El gobierno estaba formado por tres partidos: socialistas, cristianos y liberales. Al retirarse de la coalición los socialistas —por el asunto de la refinería—, el nuevo gobierno tendrá que hacerse sin contar con ellos, lo cual es muy difícil, o encargándose directamente a ellos. Pero la duda está en saber si los socialistas se han retirado realmente por el tema de la refinería o sólo la han utilizado como pretexto para provocar unas nuevas elecciones.

El partido socialista belga, al que pertenece el que era primer ministro, Leburton, puede haber creído que este es el momento de independizarse de la coalición en la que estaba impedido de realizar sus programas sociales y ponerse al frente del descontento por la crisis económica. Intentaría demostrar que el problema de las nacionalidades y de los idiomas es enteramente artificial, y que no hace más que disfrazar un problema más profundo de clases sociales, y que la cuestión económica —incluyendo la refinería de Lieja— es un producto del manejo capitalista —nacional y extranjero— de los suministros y los precios del petróleo. André Cools, que dirige el ala izquierda socialista, es el autor de esta revitalización del partido y pretende anular a su moderado colega Leburton. Si la solución de la crisis fuese imposible, o si un nuevo gobierno que se formase volviera a caer, se disolvería el Parlamento y se convocarían elecciones generales, probablemente en marzo. Los socialistas creen que en estas condiciones conseguirían una votación tan importante que les permitiría gobernar solos o, en el peor de los casos, dominar la coalición que pudiera formarse. ■ J. A.